



HACE tiempo —no menos de diez ni más de doce años— en una exposición de la Confederación Plástica del Sur, el pintor tomecino Rafael Ampuero me presentó un muchacho de ojos grandes y piel aceitunada que exponía tres o cuatro óleos en que el color y las formas habían sido manejados con el ingenuo candor de un niño. Los pintores del sur, especialmente los de Tomé, vivían a la sazón la euforia del camino recién descubierto, y en esa ocasión el jurado distribuyó a manos llenas las mejores recompensas entre los expositores dueños de casa. Huelga decir que aunque la exposición aludida se efec-

HECTOR HERRERA

PINTOR DE LAS COSAS SIMPLES

Por ALEJANDRO CHAVEZ B.

tuaba en el puerto de Tomé, el jurado en que estaban representados todos los grupos artísticos de Curicó a Valdivia procedió con entera corrección en sus fallos. Me interesó entonces la pintura de este muchacho silencioso con cara de "gitano legítimo", que avecinado en Santiago, desde algunos años a la fecha concurría a la cita artística integrando el Grupo de Artes Plásticas de Tomé.

Conversamos brevemente en esa oportunidad, sin embargo fue lo necesario para ubicarlo entre mis amigos. Tomecino por nacimiento, Héctor Herrera, millonario de los oficios más diversos, había encontrado su sendero artístico lejos del terruño. Cosa muy corriente por lo demás, sobre todo en estos días en que se cumple con exactitud eso de que "nadie es profeta en su tierra". Por ese tiempo trabajaba en una estampería con el pintor Pablo Burchard hijo, y comenzaba los primeros intentos de formular sus inquietudes en esa técnica.

La muestra presentada no tuvo mayor suceso, y el mismo reconoció más tarde haber cometido una equivocación llevando cuadros de caballetes cuando tenía gobelinos y pañuelos que correspondían mejor a su nueva forma de expresión.

Años después, por motivos particulares, yo también emigré a la capital donde volvimos a encontrarnos. Comenzamos entonces a conocernos mejor, aunque la idea que de él me formara desde esa lejana ocasión no ha variado fundamentalmente. Herrera sigue siendo el niño maravillado que busca en las cosas y los actos más simples la comunión de su limpia actitud frente a la vida, traducidos en copihues, alfarería o peces sorprendentes haciendo ronda a un sol marino. Encontrado su destino Herrera ha comenzado a caminar por terreno seguro, cultivando su espíritu y exigiéndose hasta lograr expresar con las tintas textiles y su complicada técnica un mensaje de paz y dulzura, donde Chile autóctono está sorprendido en lo más esencial y valadero.

No siempre es posible encontrar en la obra de un artista una correlación entre ésta y su vida privada. Un equilibrio entre lo que dice y la forma en que actúa; la belleza que entrega medida contra su actitud vital. Los hay pero son escasos. Herrera es uno de ellos; de ahí que es imposible comprenderlo del todo sin tener que referirse a su condición de hombre que para el caso no es más que un trasunto de lo esencial vaciado a las formas y colores.

Su juventud marítima y campesina aflora en las graciosas formas de sus mates y pájaros de ingenuo trazo. La euforia del color y el gozo con que multiplica las hojas de sus árboles no son más que el traslado de su alegría de vivir hacia un mensaje que va más allá del simple formalismo, para entrar de lleno en las altas y misteriosas regiones de la verdad. Debería decir su verdad, que por



ser esencial y de la más limpia factura es una verdad que también nos pertenece.

Herrera es algo así como un Manuel Rojas de la pintura. La enumeración de los oficios que ha desempeñado es larga, sin embargo intentaremos mostrar algunos, con el bien entendido que nos servirá para situarlo y analizar mejor su obra. Hijo de una familia modesta, Héctor vio la luz a comienzos del año 1926 en una de las viejas casas coloniales, con blanqueados corredores a la calle donde hasta el año 1935 todavía llegaban los huasos de Tomeco adentro y amarrando las bestias en la vара se metían a los boliches de la cuadra tragando arrobos del generoso mosto cosechado en las viñas de Ranguelmo y luego "fipeaban" y se agarraban a pencazos, porque el vino de Nipas, cuando se toma en un día caluroso, enciende la sangre y pone "fipeador" a los hombres. Para el niño que no sabía aún que el mundo económico de sus padres se le venía al suelo y que el abuelo apenas subsistía con la venta de sus estribos primorosamente labrados y que a su padre empantanado en deudas aún le quedaban fuerzas para planear la ornamentación del Morro —especie de pequeño cerro Santa Lucía del puerto—, la bizarría

de los huasos sentando sus cabalgaduras en las narices mismas de los mirones, y el multicolor despliegue de las mantas y fajas tricolores en curiosa competencia con las camisas floreadas o las cotonas que hacían cerrar los ojos de tan niveas, eran el comienzo de un deslumbramiento espiritual, que más tarde por entre los encontrones de la vida se mantendría puro y decantado en su punto exacto para ser expresado.

Cuando la adolescencia le afloró en las primeras espinillas y le azuló la cara de barba viril y capitosa, Herrera decidió romper las cadenas que lo anclaban al puerto y se enroló de pioneta en un camión ripiero.

Como los predestinados sufren de continuada comeción al espíritu, especialmente cuando la meta aún no se ha materializado y a veces ni siquiera significa un sueño, esta desazón emocional se traduce en cambios ambientales que permiten pasar con soltura de un oficio a otro en una búsqueda trágica que no admite otra duración ni medida que el encuentro con las íntimas inquietudes, maduras y definidas. Cogido en su propia vorágine, durante los años apresurados de la juventud, Herrera pasa de un trabajo a otro sin lograr ubicar

su destino, nutriéndose de vivencias esenciales, zambulléndose sin temor y con limpio afán en las turbulentas aguas de la vida. Así va acumulando tiempo y preparando su camino. De albañil a capador de tarros en una fábrica de conservas; manejando la pala o el hacha, o metido en la baraúnda de la capital, bien montado ahora en una motocicleta repartidora de productos farmacéuticos, Herrera recorre la gama más variada de los oficios modestos, con los ojos muy abiertos, gozando intensamente de las pocas y pequeñas alegrías que ellos tienen, pero sin dejar jamás de ser el niño maravillado que acumula elementos vitales para el momento de materializar su única y grande aventura.

Es evidente que esta vida a salto de mata, en lucha diaria con el subsistir, ha sido decisiva en su trabajo artístico. Cuando se encuentra con el pintor Pablo Burchard, la raíz de su actual postura artística estará sólidamente afincada en todas las cosas simples que conformaron su vida. Así, de golpe y porrazo comprende que su peregrinaje ha terminado y con la alegría del que sabe que ha encontrado su camino, orienta hasta los actos más mínimos de su vida en la formulación de su men-



saje, que sólo espera el dominio de la técnica para inscribirlo entre los pintores. Se arrima a la sombra de su primer maestro y absorbe conocimientos e influencias. Sí. Influencias, porque es sabido que el alumno copiará al profesor hasta cuando pueda manejarse por sí solo y aprovechará la sabiduría en beneficio propio. No está de más dejar sentado que vivimos del conocimiento que de una u otra manera nos ha proporcionado otra gente. Que sobre esos conocimientos vamos edificando los nuestros hasta construirnos definitivamente, quitando o agregando lo que determine nuestra capacidad. En lo general vivimos de prestado y no es cosa de asustarse porque alguna vez hayamos sido seducidos por expresiones ajenas, que transitoriamente correspondían a lo que nosotros éramos incapaces de expresar. El verdadero artista supera pronto esa etapa y se pone a cavar su propio huerto. El proceso misterioso y complicado de la destilación de las influencias ajenas deberá, en todos aquellos artistas que primordialmente son honrados consigo mismo, entregar un fruto diferente que lo singularice y lo defina frente a los demás.

Desde sus primeros trabajos con Burchard y su largo adiestramiento en la estampería de Sergio González (Estampados Manquehue), Herrera ha encontrado su forma de expresión, completamente al margen de lo que sus antiguos maestros están

haciendo ahora. La etapa de formación ha sido superada ya con beneficios para nuestro pintor, y la plena conciencia de bastarse a sí mismo lo pone de cara a las grandes responsabilidades que la creación exige. Reconforta verlo con la alegría que va extrayendo de sus complicadas lapiceras y tintas textiles, las formas ingenuas, laboradas con la auténtica castidad de niño - hombre para establecerlas llenas de dulce belleza en la radiante aventura de sus colores.

Artista y hombre en la medida exacta que fija Ingenieros "...para los que aran su propio surco" Herrera se levanta con toda su gran calidad humana, como un ejemplo de vocación y constancia en su extraordinaria creación artística, señalando al mismo tiempo valores morales poco comunes entre los que adoptan como fin y remate de su existencia el largo y peligroso camino hacia las esquivas moradas del arte.

No está de más apuntar que el trabajo de Herrera nace de una doble concepción; la primera, de servir como vehículo de belleza, y la segunda, de cumplir fines utilitarios. Así, sus gobelinos monumentales reemplazarán al mural, o serán sus primorosas faldas estampadas que singularizarán a alguna hermosa muchacha dándole la femenina seguridad que nadie más esté usando otra igual. Del mismo modo sus carpetas o manteles pondrán un limpio mensaje de belleza, des- terrando de las mesas las mani-

das y viejas estampas repetidas por la exactitud de las máquinas en los hules y manteles tradicionales. Un amigo común enamorado del mar tiene un cortinaje pintado por Herrera con todos esos elementos de la costa que tan bien conoce, frente al cual se pasa largas horas buceando con su sensibilidad por entre moluscos, algas y peces sorprendentes.

Como el hombre en lo más puro de su esencia ha de mantener hasta su muerte a un niño maravillado, Herrera llega directamente con la ejecutoria honrada de su verdad artística a tocar esas fibras esenciales estableciendo un feliz contacto entre sus palabras de colores y formas y el espectador que reencontra parte de su niñez viviendo entre la serena actitud de una Virgen de la Greda, el gallito de reluciente plumaje o la increíble verdad del barco manicero que va soñando océanos por el medio de la ciudad.

Cuando Héctor Herrera lea lo presente, rodeado de Berta, su compañera, y sus hijos, Pablo, Leonardo y Paz —a esta última la llamamos "Ojitos" por razones obvias—, conociendo su tremenda modestia, estoy seguro que dirá: "Qué bicho le habrá picado a mi compañero para ponerme tan en evidencia ante los lectores de la revista "En Viaje".

A. Ch. B.

N. de la R. — Este artista exhibirá sus obras, a fines del presente mes, en la Sala de Exposiciones del Instituto Chileno-Británico de Cultura.

CARAVANAS DE TURISMO SOCIAL

Viajes colectivos organizados por la Sección

Propaganda y Turismo de la Empresa

de los Ferrocarriles del Estado

CONOZCA LAS MARAVILLOSAS BELLEZAS DE CHILE